

Salvador Dalí Domènech, aprendiz de pintor

«Tras veintiún años de cuidados, inquietudes y grandes esfuerzos, puedo por fin ver a mi hijo casi en situación de arrostrar las necesidades de la vida y proveer a su propia manutención.

Los deberes de un padre no son tan fáciles como a veces se supone. Continuamente se ve obligado a hacer concesiones, y hay momentos en que tales concesiones y compromisos destruyen casi totalmente los planes que ha trazado y las ilusiones que acarició. Nosotros, sus padres, no queríamos que nuestro hijo se dedicara al arte, carrera para la cual parece haber mostrado gran aptitud desde la infancia.»

Continúo creyendo que el arte no debería ser un medio de ganarse la vida, que sólo debería ser un solaz para el espíritu, al cual podría dedicarse uno cuando los momentos de asueto de su modo de vida se lo permitiesen. Además, nosotros, sus padres, estábamos convencidos de la dificultad de que alcanzase en el arte la preeminencia que logran tan sólo los verdaderos **héroes**, venciendo todos los obstáculos y reveses.

Sabíamos las amarguras, los pesares y la desesperación que están reservados a los que fracasan. Y por estos motivos hicimos todo lo posible para instar a nuestro hijo al ejercicio de una profesión liberal, científica o aun literaria.

Cuando nuestro hijo terminó los estudios del bachillerato, estábamos ya convencidos de la inutilidad de indicarle ninguna profesión que no fuera la de pintor, la única por la que verdadera y firmemente ha sentido vocación. No creo tener derecho a oponerme a una vocación tan decidida, especialmente teniendo en cuenta que mi niño habría perdido el tiempo en cualquier otra disciplina o estudio, a causa de la “pereza intelectual” que padecía en cuanto se le apartaba del círculo de sus predilecciones.»

Al llegar a este punto, propuse a mi hijo una transacción; que concurriría a la escuela de pintura, escultura y grabado de Madrid, que seguiría todos los cursos necesarios para obtener el título oficial de profesor y que, una vez completados sus estudios, haría oposiciones para poder usar su título de profesor en un centro pedagógico oficial, asegurándose así un ingreso que le proveería de todo lo indispensable para la vida y al mismo tiempo le permitiría dedicarse al arte tanto como quisiera en las horas libres que le dejaran sus tareas de profesor. De este modo tendríamos la seguridad de que no carecería nunca de medios de subsistencia, mientras que al mismo tiempo no se le cerraría la puerta al ejercicio de sus dotes de artista. Al contrario, podría desarrollarlos sin arriesgarse al desastre económico que hace todavía más amarga la vida del que fracasa.»

¡A este punto hemos llegado ya! Yo he cumplido mi palabra, procurando que mi hijo no careciese de nada de lo necesario a su educación artística y profesional. El esfuerzo que tal cosa ha requerido es muy grande, si se considera que no poseo fortuna particular, ni grande ni pequeña, y que tengo que satisfacer todos los compromisos con sólo las honradas ganancias de mi profesión, que es la de notario, y que mis honorarios, como los de todas las notarías de Figueras, son modestos.

Por el momento, mi hijo continúa cumpliendo sus deberes en la escuela, encontrando algunos obstáculos de los cuales hago menos responsable al alumno que a la detestable desorganización de nuestros centros de cultura. Pero el progreso oficial de su trabajo es bueno. Mi hijo ha terminado ya dos cursos y ganado dos premios, uno en historia del arte y otro en “aprendizaje general de la pintura en colores”.

Digo su “tarea oficial”, pues el muchacho podría hacer más de lo que hace como “estudiante de la escuela”; pero la pasión que siente por la pintura le distrae de sus estudios oficiales más de lo que debiera. Pasa la mayor parte de su tiempo ejecutando pinturas por su propia cuenta, las cuales manda a exposiciones después de cuidadosa selección.

El éxito que ha tenido con sus pinturas es mucho mayor de lo que nunca hubiese yo creído posible. Pero, como ya dije, yo hubiera preferido que ese éxito viniera más tarde, después de que hubiese terminado sus estudios y se hubiese creado una posición como profesor. Pues entonces no habría ya peligro de que no se cumpliera lo que mi hijo promete.»

A pesar de todo lo que dije, no diría la verdad si negase que me complacen los éxitos actuales de mi hijo; pues, aunque resultase que no pudiese obtener un puesto de profesor, me dicen que la orientación artística que sigue no es enteramente errónea, y aunque esto diera mal resultado, cualquiera otra cosa que emprendiera sería decididamente un desastre aún mayor, pues mi hijo está dotado para la pintura y sólo para la pintura.»

Este libro contiene la colección de todo lo que he visto publicado en la prensa sobre las obras de mi hijo en el tiempo de su aprendizaje de pintor. Contiene también otros documentos referentes a incidentes ocurridos en la escuela y a su prisión, los cuales pueden tener interés en cuanto permitan juzgar a mi hijo como ciudadano, es decir, como hombre.

Estoy coleccionando, y continuaré haciéndolo, todo lo que le mencione, sea en bien o en mal, siempre que llegue a mi conocimiento.

De la lectura de todo ello algo podrá deducirse sobre el valor de mi hijo como artista y como ciudadano. El que tenga paciencia para leerlo todo, júzguele con imparcialidad.

SALVADOR DALÍ, notario.

Figueras, 31 de diciembre de 1925.»



[Retrato de mi padre, 1925](#). Óleo sobre tela.

Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona

© Salvador Dalí, Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres, 2020 Foto © Servei Fotogràfic Museu Nacional d'Art de Catalunya (Calveras, Mérida, Sagristà)